

del Tíber que vende polvos de azufre para lañar los cristales rotos. Buhoneros cargados de ropas, lienzo y otras mercancías, carniceros que ofrecen un cuarto de buey, ponderan las excelencias de sus géneros, cada cual a su modo y siempre a gritos.

Tampoco por las noches permanecían silenciosas las calles de Roma. Carruajes que doblan, en rápido viraje, las esquinas de las estrechas calles. Voces y gritos de los borrachos, los noctámbulos y las noctámbulas, entre las que figuraban a veces damas de la alta sociedad, como Julia, la hija de Augusto. Escaso sosiego nocturno envolvía, positivamente, a la ciudad. Añádase las serenatas de los enamorados que imploraban de su amada que les abriese la puerta o pretendían escalarla por la fuerza, servidos de robustos jayanes. Pero cuando todas las tabernas estaban cerradas y en silencio, las calles vacías y sin alumbrado alguno, volvíanse tan temerosas como peligrosas para el viandante solitario. Los desmanes callejeros en medio de la noche figuraban entre las diversiones favoritas de la juventud dorada. El pobre romano que cruzaba en el camino de estos señoritos de la época, alumbrándose con un cabo de vela o acompañado de un solo esclavo, era obligado a detenerse, a cantar, a desnudarse y, cuenta Marcial, era indefectiblemente manteado. De los tejados de las casas llovían tejas y los vecinos arrojaban cubos de agua sucia, o de cosas peores, desde las ventanas altas.

Ha sido Marcial quien dejara escrita la más amarga queja contra el ruido y el bullicio de Roma. Lo único que pide para seguir componiendo sus pequeñas poesías es poder dormir a placer. Sólo volvió a encontrar el sueño y el sosiego al regresar a su tierra natal.

Sin embargo, Roma era una ciudad incomparable. ¿Qué era lo que principalmente contribuía a producir esta grandiosa impresión? Era el hervidero inmenso y sin cesar distinto de una población que afluía a Roma de todos los países, el tráfico incesante y aturdidor de una ciudad cosmopolita, la grandiosidad, el esplendor y la abundancia de las obras y los edificios públicos. En un documento oficial redactado entre los años 312-15 se mencionan 6 obeliscos, 8 puentes, 11 termas, 19 acueductos, 2 circos, 2 anfiteatros, 3 teatros, 4 escuelas de gladiadores, 5 naumaquias, 36 arcos de mármol, 37 puertas de la ciudad, 290 almacenes y graneros, 254 panaderías públicas, 1700 residencias particulares y palacios, 56 602 casas de vecindad, 856 baños públicos y 1352 baños privados. Mommsen encontró y tradujo el documento que extractamos. Quien contempla la ciudad desde lo alto del Capitolio, como Arístides, veía cómo su mirada se perdía en un dédalo de edificios fastuosos, palacios y monumentos de todas clases, que se desplegaban a sus pies a lo largo de varios kilómetros, por valles y colinas.

*La "Civitas" Romana; su Sentido Sociológico.*—Para la concepción griega del mundo, cada idea, cada figura en la plástica, cada cosa, es la representante de algo firme, trascendente, que está detrás de ella. Así también la *polis*. El alma, que es forma, que es figura, penetra al todo, al universo entero, y logra su proyección visible, corporal como idea, como obra de arte, o como ciudad. La ciudad es la forma de lo social; la clase social se entiende, a su vez, como la doble forma de vida individual y social. La virtud llamada tolerancia, por ejemplo, es a la vez la virtud del artesano como forma de vida individual, como ἀρετή, *virtus*, y como forma de vida social de la clase artesanal. El horizonte ético individual coincide con el horizonte ético de la clase social en que se articula el individuo, es el mismo.

El concepto romano de cargo público tiene origen mágico. Este elemento mágico configuró en la forma más rigurosa y severa la *civitas*; se deriva, en última instancia, de la vinculación mágica del clan o linaje, de la sangre entendida como categoría social. Roma introduce, pues, en la historia del hombre, una nueva constelación, desconocida antes. La raíz mágica del poder político. Configuró, repetimos, la ciudad. El fundamento de la clase social está en la sangre, no en la función económica comprendida en una dimensión o característica ética. Los griegos no tuvieron ni la menor idea de la sangre como factor político. Explicaban la naturaleza humana valiéndose de la estructura tripartita: *hombre, polis y cosmos*, dando al miembro intermedio la significación de un elemento integrador. La ciudad integra al individuo en sí mismo y en la totalidad universal.

Teniendo en cuenta la constelación inicial, el fundamento de la *civitas* en la sangre entendida como categoría social, cabe preguntar si Roma pudo resolver la misión mundial, la tarea universal, que le deparó a la *civitas* la marcha de las cosas. A esta pregunta hay que contestar con un no. La *civitas*, fundada con la idea de una jerarquía patriarcal de labriegos y soldados, en la magia de la sangre, se mostró insuficiente para que Roma cumpliera la misión universal que los hechos pusieron ante ella. Apenas realiza la dominación de Italia la concepción señorial mágica saltó en pedazos, arrastrando detrás de sí la libertad política de los ciudadanos romanos. Mediante sus instituciones, y el Derecho en ellas contenido, Roma fracasó en la realización de su destino. No logró establecer la regularidad y continuidad del imperio mundial.

César fue, sin duda, el único romano que concibió esta misión. Cuando murió se hallaba al comienzo de la obra. En ninguno de los sucesores percibimos la orientación hacia la visión cesárea, la necesidad de proceder a una nueva configuración interna, a una reforma interior de gran amplitud que posibilitara el cumplimiento de la misión imperial romana. La jerarquía de la san-

gre cerró el camino de la reforma; el asesinato de César no puede juzgarse de una casualidad: el principio de la sangre como fundamento del poder político, de la *civitas* romana, empuñó el arma asesina.

A partir del siglo II se inicia el proceso de rebarbarización interna de la ciudad romana. Había triunfado el principio de la sangre. El Imperio se transforma con el intento de una reconstrucción del mismo sobre la base de la negación oriental de la libertad. Se produce una serie de guerras civiles por la conquista del poder. Encontramos déspotas atacados de la locura cesarista y que dan pruebas de la más ínfima carencia de normas, excepto en la época que corre desde Trajano a Marco Aurelio. Septimio Severo instaura una dictadura militar de veinte años, que tiene ya un carácter semibárbaro. Diocleciano orientaliza el Imperio hacia el año 284; todo se desarticula y arruina y desaparecen la prosperidad y la cultura anteriores. Ya el Imperio de Constantino no pertenece a la antigüedad pagana.

El Imperio constituyó un cesarismo militar que se desarrolló sobre un pueblo que había perdido su libertad política. Se debió desmilitarizar el Imperio y encajar el ejército en la estructura general del Estado. No había cuadros, ni principios políticos, para proceder a una nueva construcción civil del Estado. La sangre entendida como categoría política, repetimos, impidió la existencia de un Estado civil cerrado en sí mismo. El ejército tuvo que convertirse, consecuentemente, en instancia política decisiva. El Estado era el botín del cuerpo militar.

No queremos extraer ninguna moraleja banal de estas cosas. Tan sólo queremos destacar la contraposición del principio ético y del principio mágico que fundamentan, respectivamente, la *polis* griega y la *civitas* romana. Nada más. El primero hace de la función económica de la clase social una función ética; la *polis*, regida por la justicia, es una institución integradora y equilibradora. El principio de la sangre como fundamento del poder político lleva a la anarquía; a considerar el Estado como botín del más fuerte, y se acompaña de la rebarbarización interna. El derrumbamiento espiritual de la antigüedad pagana no fue preparado por una descomposición intelectual, superada ya desde Sócrates. Lo que preparó ese derrumbamiento espiritual fue la antinomia entre la construcción política de la *civitas* y la estructura social de la misma. La decadencia interna de la antigüedad comienza antes que la externa.

*Las Ciudades, el Comercio y la Industria.*—La mejor descripción general que poseemos del Imperio Romano, la más detallada y completa, es el discurso que Elio Aristides pronunció en Roma el año 154 de nuestra era. En él hay ideas que sería inútil buscar, por lo menos tan clara y acabadamente formu-

ladas, en ninguna otra obra, tales como la concepción del Imperio como un agregado coherente de Estados-ciudades libres y autónomos.

Iniciamos, pues, este capítulo con la reproducción de algunas de las ideas integradas en el discurso de Aristides. El Imperio Romano era, por ejemplo, un Estado mundial y Roma el centro del mundo. Por mundo entiende, naturalmente, el mundo civilizado, Grecia y los países mediterráneos. El Imperio Romano había conseguido estatuir y perfeccionar la unidad del mundo civilizado, labor en la que habían fracasado tanto las monarquías orientales como los Estados-ciudades griegos. Tal unidad no se basaba en la esclavitud, dice Aristides, como había sucedido en las monarquías orientales y también en las de Alejandro y sus sucesores. La cabeza de este mundo no era un amo, δεσποτής, sino un rector o jefe. Éste gobernaba a hombres libres, no a esclavos, y gobernaba porque sus súbditos le reconocían voluntariamente. El mundo había llegado a ser un solo Estado-ciudad, donde no había griegos y bárbaros, nacionales y extranjeros. Ante el Estado todos eran iguales; habiendo, sin embargo, una diferencia: de un lado, los hombres mejores; de otro, las masas. Los mejores gobernaban y las masas debían obediencia. El hecho de ser los mejores los hacía ciudadanos romanos y, con ello, gobernantes.

Aristides acertó plenamente al acentuar que el Imperio Romano era un agregado de ciudades griegas, itálicas y provinciales, habitadas estas últimas por naturales, más o menos helenizados o romanizados, de la provincia correspondiente. Cada ciudad tenía asignada un área rural más o menos extensa, su territorio. El desarrollo gradual de la vida urbana fue fomentado, en mayor o menor medida, por todos los emperadores del siglo I, singularmente por Augusto y Claudio; esta evolución no cesó bajo los Flavios y los Antoninos. Igual política siguieron los Antoninos, especialmente Trajano. Las nuevas ciudades con nombres dinásticos o indígenas eran, en parte, antiguas aldeas y pequeñas localidades, habitadas predominantemente por naturales del país y, en parte, colonias de veteranos romanos, sobre todo en África, el Rin, el Danubio y el Ebro. Ninguna de estas ciudades nuevas fue una creación artificial; todas fueron el resultado de una tendencia natural de las provincias hacia la vida urbana. Después de Adriano la fundación de las ciudades se hizo cada vez menos frecuente, aunque nunca llegó a cesar por completo.

De este modo, en el siglo II por ejemplo, el Imperio presentaba más que nunca la apariencia de una vasta federación de Estados-ciudades. Cada ciudad tenía su gobierno local autónomo, su vida política social, y sus propios problemas económicos y sociales que resolver. Por encima de las ciudades había un vigoroso gobierno central que regía los asuntos del Estado: las relaciones exteriores, el ejército y la hacienda pública. El jefe de este gobierno central